

tan soberbiamente en sus primeros tomos la *Vulgata*, tan despreciada por el Renacimiento y quemada después por la Reforma, sino más bien obreros que trabajaban por impedir que el Renacimiento paganizase nuestra patria, y que lo que está averiguado es que, si no lo fueron, no fué porque no pudieran serlo, pues *tomistas* eran Agustín Justiniani, autor de la *Octapla*, y Santes Pagnino, autor de obras que aún hoy son muy estimadas de los orientalistas, y que escribieron al mismo tiempo que se imprimía la *Poliglota complutense*, mientras venía al seno de la Iglesia el famoso orientalista Pablo de Santa María (convertido por la lectura de las obras de Santo Tomás), y su hijo y sucesor en el obispado de Burgos, D. Alfonso de Cartagena; y esto sin contar los grandes orientalistas compañeros de Santo Tomás en religión y doctrina, como Fr. Hugo y Fr. Pedro, enviados por Gregorio IX á conferenciar con los griegos, y que tan brillante papel desempeñaron en Nicea y Nínfe; como Raimundo Martín, autor de la obra del *Pugio Fidei*, que plagia un escritor en el Renacimiento; y sus siete compañeros destinados por el capítulo de la Orden en Toledo

para desempeñar cátedras de estudios orientales, como las que por el mismo tiempo abrieron los frailes Predicadores en Murcia, Játiva y Estella; como Pablo Cristiano y Puigventos y demás hijos de Santo Domingo, que San Raimundo de Peñafort asignó al estudio y enseñanzas de estas lenguas; como Fr. Aroldo de Florencia y los Dominicos que escribieron *contra errores graecorum*; como los sabios hermanos de Santo Tomás que, tres siglos antes de que se imprimiese la *Poliglota*, presentaban á Europa una Biblia de cuatro tomos en folio, fruto de la reunión, comparación y estudio de gran número de manuscritos antiguos, griegos, hebreos y latinos; como Guillermo de Moerbeka, que trasladó del griego al latín varios libros de Aristóteles á instancia de Santo Tomás de Aquino; como el célebre Bonacursio, que escribió en griego el *Thesaurus fidei*, obra llena de erudición y de ciencia; como Gofredo de Waterfodia, y como Nicolao de Florencia, y Andrés Dato y tantos otros Dominicos que, en medio de la general rudeza, cultivaron el griego, el árabe y el hebreo, no para resucitar las obras impúdicas del arte antiguo, sino para defender á la religión y á



la civilización europea de los errores orientales que amenazaban hacer del Oriente un bajo imperio ó un estado del Asia, los cuales merecieron atraer por sus heréticas cavilaciones y por su fatalismo panteista la barbarie asoladora de Omar ó el azote cruel de Mahometo.

Que el cargo de que Pomponazzi dudó de la inmortalidad del alma siendo *escolástico*, y no se levantó á responderle ningún *tomista*, sino un peripatético clásico, Nipho, se refuta contestando que Pomponazzi fué un aristotélico renaciente á la sombra de Alejandro de Afrodisia, muy ensalzado por los protestantes y los racionalistas, y tan poco *escolástico*, que llamaba *ilusiones y decepciones falsas y absurdas* á las doctrinas de Santo Tomás, y afirmaba que sólo consentiría en aceptar sus doctrinas, *imposibles* según él, y en someterse á las sagradas Escrituras, por obedecer á *Platón*, «que dice que es una impiedad no creer en los *dioses* ni en los *hijos de los dioses*». Que á este renaciente naturalista le contestaron, además de Nipho (que entre paréntesis era panteista), Alejandro Achillini, que, aunque averroista, era *escolástico*; Contarini, de ilustre familia veneciana, que

fué después Cardenal; Ambrosio, arzobispo de Nápoles, y los tres *frailes*, probablemente tomistas, Bartolomé de Pisa, Jerónimo Banelière y Silvestre Pereira, sin contar aquel *ermitaño* de Nápoles que le denunciaba como hereje é impío, mientras el ilustre renaciente, el famoso cardenal Bembo, lo defendía delante de la corte romana, sosteniendo que su libro *De immortalitate* no encerraba *nada contrario á la verdad*; sin olvidar que mientras Pomponazzi y sus amigos se quejaban continuamente de los *portadores de hábito* que, educados con la doctrina tomista, les perseguían en sus errores, los *obreros del Renacimiento* se adherían á las doctrinas de Pomponazzi, como lo hicieron Simón Porta, Lázaro Bonamico, Julio César Escalígero, Santiago Zabarella, Daniel Barbaro, Simón Porcio, cuya obra sobre el alma era más digna de un puerco que de un hombre, «según Gessner»; Andrés Cesalpino, partidario de la generación espontánea; Galeotto Marcio, protegido por los reyes y los pontífices, y obligado á retractarse por los tomistas Dominicos, y tantos otros sofistas como florecieron en el Renacimiento, al calor de aquella filosofía, verdadero producto híbrido de mez-



clas tan extrañas, y cuya personificación más ilustre es el famoso Juan Pico de la Mirandola, educado en la corte de Lorenzo de Médicis con aquellas doctrinas mixtas, compuestas de kábala y gnosticismo, neoplatonismo y judaísmo, revestidas con el brillante manto de la literatura clásica, y adornadas con trofeos de Aristóteles, Averroes y Epicuro, doctrinas que le hacen caer en la herejía, de la que, á semejanza de la sociedad que simboliza, sólo se levanta cuando, abandonando sus errores renacientes, muere en brazos de los hermanos de Santo Tomás de Aquino.

Que al cargo de que el tomismo era incapaz de acabar con el averroismo, se contesta con la lectura de las obras de Santo Tomás, especialmente de la *Summa contra gentiles*, con la expresión de los mismos renacientes, que dijeron por boca del mismo Pomponazzi que «los averroistas fueron de tal modo fustigados por Santo Tomás, que no les quedó otro recurso que vomitar contra él injurias», y por el testimonio de la cristiandad, que celebró con magníficos y colosales frescos por manos de Gozzoli, de Gaddi y de Traini el *triunfo de Santo Tomás de Aquino*, debajo de cuyos pies victoriosos se revuelca impo-

tente, vencido, con el *Gran comento* en la mano, el temible Averroes.

Que al cargo de que los escolásticos olvidaron *un poquito* la experimentación, se contesta, no sólo con recordar á Miguel Scotto, Vicente de Beauvais, el gran Rogerio Bacon, Raimundo Lulio y los alquimistas, y sobre todo á Alberto el Magno, á quien tanto pondera por sus observaciones naturalistas Humboldt, sino con las mismas palabras de la acusación; pues habiendo sido, por lo general, la física escolástica un comentario de Aristóteles, si Aristóteles no descuidó la experimentación, tampoco la descuidaron los escolásticos, pudiendo además añadirse, á guisa de posdata, los nombres de Alejandro Spina, inventor de los anteojos; Domingo Ceva, que escribió sobre gnomónica; Ignacio Dante, «uno de los matemáticos más insignes que brillaron en la corte del *gran Cosme de Médicis*»; que, no sólo fueron *escolásticos*, sino hasta *tomistas* y Dominicos, coronando estos nombres con el de *Tomás Campanella*, que, sin dejar de ser *tomista*, se dedicó con ardor á la experimentación, fundando antes que Bacon, sobre este procedimiento *exclusivo*, el estudio de las ciencias naturales.



Que al cargo formulado con las palabras *barbarie de la escuela*, sinónimo en su carta de V. de *barbarie literaria*, esto es, que Santo Tomás y los grandes escolásticos de la Edad Media no escribieron un latín digno de Cicerón y de Virgilio, se debe responder: primero, que la belleza de la forma en una obra filosófica consiste en la claridad y la precisión más que en la elegancia de los giros y en lo castizo de las palabras; segundo, que no es razón juzgar del fondo por la forma, y que los famosos renacientes, que todo lo sacrificaban á escribir como Cicerón, nunca pudieron conseguirlo, acusándose mutuamente de su impotente ignorancia, y confesando que mejor que ellos hablarían el latín los palafreneros de Roma. Finalmente, ¿cómo no recordar estas palabras, arrancadas por la manía pedantesca de los renacientes italianos al mismo Erasmo, tan enemigo de la Edad Cristiana y de los frailes, y tan adorador del latín y del griego?: «Es maravilla, exclama dirigiéndose á los renacientes italianos, cómo rebajáis á los Santos Padres de la Iglesia, á los grandes escritores de la Edad Media, á Santo Tomás, á Escoto, á Durando y demás. No halláis palabras con

que denunciar su BARBARIE, y, sin embargo, considerando el caso con sangre fría, esos GRANDES HOMBRES, que no hacen alardes de ser elocuentes ni ciceronianos, SON MÁS CICERONIANOS QUE TODOS VOSOTROS JUNTOS». Erasmo lo prueba con las enseñanzas mismas de los clásicos y la confesión de los renacientes, que califican de gran escritor (esto es, de ciceroniano) al que *habla bien*, exigiendo para merecer este nombre dos condiciones precisas: *conocer á fondo el asunto, y tener corazón y convicción para expresarlo*. «Ahora bien, añadía irritado Erasmo: probadme que los escritores cristianos no conocen las cosas de que hablan ni tienen el corazón y la convicción para expresarlas.»

Es evidente: el latín escolástico les parecía *bárbaro* á los paganos renacientes, porque no comprendían las ideas de que era expresión, y así como el latín pagano no podía servir al cristianismo, al paganismo renaciente no podía servir de intérprete el latín cristiano. Por eso nosotros, al oír cómo llaman *bárbaro* el latín de la Iglesia los renacientes, no podemos menos de recordar aquel verso de Ovidio:

«*Barbarus hic ego sum quia non intelligor ulli*».



Erasmus, además de probar á los renacientes que, según su criterio, también Cicerón fué un bárbaro, puesto que empleó palabras desconocidas y nuevas, se burla de los que quieren hacer nuevos Cicerones con el estudio del latín pagano, diciéndoles que harán *charlatanes*, pero no grandes oradores y escritores como el antiguo cónsul; y tenía razón Erasmo: si la palabra supone el pensamiento, el calor y la vida, ¿qué vida y qué calor podía tener el pensamiento pagano en una sociedad, á pesar de todo, cristiana, en boca de eclesiásticos y después de quince siglos de cristianismo? Á esto sólo cabe responder que, continuando el Renacimiento pagano, hubiéramos podido olvidar del todo el cristianismo, y acaso entonces hubiéramos llegado á escribir como Cicerón; lo que no valía seguramente la pena de deshacer la obra de Cristo; pues esto sí que sería *barbarie*, y *barbarie* del peor género.

Y contestados estos cargos, me recordaria V., en auxilio de mis palabras sobre el amor que las Universidades profesaron al luminoso *tomismo*, la historia de la Universidad de Alcalá, fundada por el ilustre Cisneros, y de la cual dice D. Vicente de la Fuente que

«tiene la gloria de haber vivido y muerto tomista desde su fundación hasta su último instante», «teniendo la honra de morir abrazada á la *Summa*»; y como prueba de que aun en las épocas de más decadencia científica en nuestra patria, tuvo elocuentes defensores el tomismo que se opusieran á la invasión cartesiana, me citaría V. el nombre célebre de Alvarado, conocido con el pseudónimo de *El Filósofo rancio*; y en prueba de que la tradición tomista no se interrumpe en España, á Balmes, educado en el Seminario *tomista* de Vich, consagrado á Santo Tomás por su madre, y que sus biógrafos nos presentan meditando sobre la *Summa*; y para justificar nuestros elogios á los tomistas españoles, á que V. con tanto entusiasmo suscribe, nos presentaría á nuestros místicos, que, como V. dijo en aquella incomparable carta *Perojina*, «tomaron los orígenes de su doctrina en la no interrumpida serie de místicos cristianos, en San Agustín, en Hugo de San Víctor, Gerson y San Buenaventura, amantándose en las obras atribuidas con error al Areopagita» (elementos todos que se encuentran depurados y sintetizados en las obras de Santo Tomás), haciéndole á V.



exclamar con evidente justicia que «nuestra mística sólo difiere de la de la Edad Media en la perfección artística, y en *un poco* de platonismo, que entró durante el *Renacimiento*»; y me recordaría V. que Santa Teresa, si no estudió autores escolásticos, encontró dirección y guía á las exaltaciones de su amor espiritual y místico en los *tomistas* Dominicos que estaban encargados de su dirección de espíritu al principio, y en los *tomistas* Carmelitas, autores de los *Salmanticenses*, que la dirigieron después. Además, me dirá V. cosas que ni siquiera sospecho, y que ha recogido V. de seguro en sus profundas y vastas investigaciones científicas en los archivos y bibliotecas del mundo sabio.

Y después de recordarme todo esto, me traerá V. á la memoria, como desagradio artístico de Santo Tomás, la influencia de su doctrina en Dante, y por Dante en las escuelas pictóricas que iniciaron y llevaron á cabo, elevándolo á su mayor perfección, el progreso artístico en Italia, y sus famosos himnos, aquellos himnos traducidos y puestos en música por los poetas y los artistas religiosos más célebres de la edad contemporánea, y de los cuales por sólo cuatro ver-

sos decía el poeta Santeuil que daría gustoso todas sus obras; y no dejaría en olvido la resurrección de sus principios extáticos en el santo y mártir Savonarola, que aparece en la orgía artística del Renacimiento como un nuevo Pedro el Ermitaño, que predica la cruzada de todas las virtudes contra los vicios renacientes, á fin de arrancar el sepulcro que Dios tiene en los altares, de manos del paganismo renacido, mientras enfrente de las tiránicas teorías de Maquiavelo, cuyo libro *El Príncipe* llamaba el déspota Federico II el *Breviario de los reyes*, coloca las doctrinas políticas de Santo Tomás; y la reacción que hoy mismo en nuestros días se levanta contra el realismo grosero de las artes en las obras de Félix, Taparelli, Jungmann y Marchese, que vuelven á buscar la determinación y guía de sus investigaciones estéticas en las obras de Santo Tomás, punto de partida inevitable de todo progreso filosófico en sí y en su aplicación á todas las esferas de la ciencia y del arte.

Y finalmente, y para acabar, á modo de lección práctica de dialéctica, me enseñará V. cómo se deshace el ingenioso sofisma con que V. quiso mostrarme á qué



extremos puede llegar un ingenio y una erudición como la de V., cuando, por probar el ingenio ó la paciencia del adversario, se propone sostener una paradoja tan contraria á la opinión corriente, como que Melchor Cano no fué discípulo de Santo Tomás, sino de Vives.

Este sofisma empieza por separar, para oponer, lo que en este sentido es inseparable, como es la teología de la filosofía en la escolástica, olvidando que, aunque distintas en su origen, formaron en los escritos de Santo Tomás un perfecto organismo, en el que compenetrándose se completan, siendo, por lo tanto, imposible ser lógicamente tomistas en teología sin serlo en filosofía, como se puede ver estudiando la relación de la cuestión de la gracia con la cuestión de la naturaleza y la causalidad eficiente; la que liga la cuestión del sacramento de la Eucaristía con la de la esencia ó concepto de los accidentes; la que encadena la de la naturaleza, existencia y propagación del pecado original con la teoría del compuesto humano y de la generación substancial del hombre; la que une y aprieta estrechamente la de los actos humanos, la de las virtudes y vicios,

la de las pasiones, la de la voluntad y el libre albedrío, y hasta la de la vida eterna con los fundamentos y desarrollos de su ética y de su psicología, relaciones que podríamos ir señalando en todos los puntos de la doctrina de Santo Tomás, y que plenamente confirma, á modo de contraprueba, la inevitable y perpetua consecuencia con que de toda derivación tomista en las cuestiones teológicas se desprende una derivación filosófica de las doctrinas de Santo Tomás, como plenamente se ve en el *congruismo*, que, puesto enfrente de la gracia eficaz en teología, exigió que se presentase inmediatamente, como teoría filosófica, el concurso simultáneo enfrente del principio de la premoción física. Este sofisma sigue señalando como carácter principal para filiar las escuelas y los sistemas filosóficos el estilo literario del autor que los explica y los defiende, con lo cual se echa por tierra toda la genealogía filosófica, pues ninguno de los tomistas de hoy escribe como Santo Tomás y los tomistas del siglo XIII, ni éstos como Aristóteles, ni aun hoy Vera escribe como Hegel, ni Tiberghien escribe como Krause, ni es posible que, variado el gusto literario con las épocas y generaciones,



podiera trascender ninguna doctrina filosófica, ni continuar ninguna escuela, si éstas hubieran de clasificarse, no por sus soluciones científicas, sino por su estilo literario.

Este sofisma continúa valiéndose de la palabra *forma* como equivoca para diferenciar la de Santo Tomás de la de Melchor Cano, y, aparentando referirse sólo al estilo, se refiere en realidad al *método*, suponiendo así diferencias donde hay sólo identidad, como sucede en el método que usaron Melchor Cano y Santo Tomás, que no es otro que el método escolástico, que consiste en proponer la cuestión, presentar los argumentos en contra, establecer su tesis con las pruebas correspondientes, y contestar á las objeciones.

Este sofisma pretende apoyarse en unas palabras de Melchor Cano sobre quién es superior, si Aristóteles ó Platón (cuando después de todo viene á coincidir con Santo Tomás en dar la preferencia á Aristóteles con cierta moderación y completándolo con doctrinas platónicas) (*Probanda vero magis est divi Thomæ opinio, ut adhibeatur moderatio quædam*), para deducir de aquí que no sigue la doctrina de Santo Tomás, cuando no re-

chaza en sus obras ni una sola de sus teorías teológicas ni filosóficas, antes bien le vemos citarlas y aprobarlas á cada paso, como sucede, sobre todo, en su obra *Relectiones de sacramentis*, y calificarlo de *vivista*, cuando él mismo dijo, sin que lo invalide el confesarlo (que es otra de las habilidades del sofisma), que si Vives señaló con acierto las causas de la corrupción de las ciencias, *no anduvo tan atinado en proponer los remedios*, lo cual (con permiso del sofisma) quiere decir que, en vez de declararse partidario de su filosofía, se declara abiertamente su contrario.

Sofisma al cabo que prueba, por lo absurdo y descomunal, el grado de sutileza de su claro ingenio y la opulencia de su atesorada erudición, que le ponen á V. en estado de asentar y casi probar, como cosa cierta y evidente, lo que es contrario á la realidad y á la común opinión de todos los doctos.

Lo mismo podría decir del *suarismo* presentado como doctrina distinta de la de Santo Tomás, que en casi todo lo que no sea relativo á las exigencias de la doctrina *congruista* y en algún otro punto como la distinción entre la esencia y la existencia, es



idéntica al tomismo, habiendo bastante más distancia de ciertos pretendidos *suaristas* al gran Suárez, que de éste á Santo Tomás; pero no quiero alargar ya más esta carta, que por lo pesada é indigesta, lo machacona y llena de repeticiones, y por lo hinchado del estilo, parece una producción de los pedantescos renacientes. Más valiera que, siguiendo el método escolástico, hubiera desenvuelto en dos cuartillas una serie de proposiciones que, probadas á *posteriori* y lógicamente encadenadas entre sí, fueran, al par que una demostración teórica, una demostración práctica de las excelencias del escolasticismo.

Pero ¿qué hacer?: ya está escrita, y sin contestar á Perojo, de quien dió V. tan buena cuenta (y mucho siento no poder aceptar sus elogios, porque no me creo digno de merecerlos), teniendo á orgullo reconocer la inmensa superioridad de V. sobre mí, y dejando á un lado las ya para mí secundarias cuestiones referentes á la ciencia española, termino con un ruego que fervientemente le dirijo.

No sé lo que contestará V. á esta carta; pero puede V. darle dos contestaciones: una, que me atrevería á llamar contestación de

erudito; otra, que calificaré de contestación de crítico y de filósofo. La primera consiste en desenterrar, cosa para V., que tiene una biblioteca en la cabeza, sumamente fácil, todas las acusaciones que el Renacimiento primero, la Reforma después, el Cartesianismo más tarde, la Enciclopedia en seguida, y el Racionalismo contemporáneo hoy, han formulado contra la Escolástica. Á esta carta podría yo contestar victoriosamente después de muchos días de trabajo, de meditación y de consulta; pero como en el terreno de la erudición nuestras fuerzas son muy desiguales, me costaría mucho trabajo vencer, aun teniendo la razón de mi parte. La segunda consiste en colocarse en el observatorio de la crítica filosófica é histórica, y, dejando aparte toda pasión y toda paradoja, apreciar los principios fundamentales, los efectos históricos y los resultados finales de los sistemas filosóficos en sus relaciones con la religión, con la política, con las artes, con las letras, con las ciencias y con la sociedad en que se formaron. Á esta contestación no tendría más respuesta que dar que mi total aprobación. Estoy seguro de ello.

Lo conozco á V. demasiado para saber que



si V. (cuyo prodigioso saber en edad tan temprana es un misterio que sólo puede explicarse reconociendo en V. un talento comprensivo organizador y sintético, que haya determinado *a priori* una dirección profunda y vasta en sus posteriores estudios, una memoria colosal, fácil y tenaz, como que conserva estereotipado para siempre lo que fuertemente atravesó por delante de los ojos y de los oídos, y una aplicación portentosa, por la vocación intelectual y por la resistencia física que supone) se propone, elevándose sobre toda pasión de polémica y toda preocupación literaria, determinar fijamente el valor de la doctrina de Santo Tomás de Aquino, ha de rendir V. á esta gran manifestación científica de la verdad católica un homenaje profundo y completo, como el que espontáneamente ha rendido V. á la Inquisición española en su obra de civilización, en el transcurso de sus cartas.

Si así no lo hiciera V., impotente yo para contrarrestar sus ataques, sólo me restaría apelar, como ahora apelo, del erudito que se colocó en un siglo que no era el nuestro, para esgrimir armas definitivamente relegadas al panteón del olvido por el fallo de la

crítica histórica, y del erudito que, pertrechado con interminable arsenal de hechos sueltos y al parecer contrarios, apedrease el monumento levantado por esos hechos mismos completos y encadenados, ó á pesar de ellos, por la historia, al eminente crítico, teológico, filosófico, histórico y literario autor de la *Historia de los heterodoxos españoles*.

ALEJANDRO PIDAL Y MON.

